

LOS USOS DE LO INÚTIL¹

Los historiadores de Europa han establecido a veces un contraste simple entre la Edad Media, en la que los especialistas y los eclesiásticos utilizaban el latín para comunicarse entre sí, y un período moderno caracterizado por el ascenso de las lenguas vernáculas. Han descrito el siglo xvi como la era de Ariosto, Montaigne, Shakespeare y Cervantes, y llamado la atención sobre la decisión de Lutero de escribir sus panfletos en alemán; sobre la de Paracelso de dar sus clases universitarias en el mismo idioma; sobre la defensa que Du Bellay hizo del francés como un idioma literario para la poesía; y sobre un grupo de eruditos, desde Portugal a Polonia, que publicaron tratados elogiando sus respectivas lenguas maternas. Así, el erudito estadounidense Richard Jones tituló su clásico estudio sobre las actitudes hacia el inglés entre 1460 y 1660, *The Triumph of the English Language*, mientras que Ferdinand Brunot ofreció una explicación igualmente patriótica del cambio lingüístico en los diversos volúmenes de la *Histoire de la langue française*.

Pero como descripción de la cultura europea del siglo xvi, este hincapié en las lenguas vernáculas es extremadamente parcial. Los humanistas del renacimiento no sólo escribían en latín la mayor parte del tiempo, sino que gastaban buena parte de sus energías debatiendo acerca de qué tipo de latín utilizar. El latín seguía siendo la lengua de la Iglesia católica, y era introducida por los misioneros en las culturas situadas fuera del Europa, desde China a México. Era también el idioma favorecido por los críticos de la Iglesia, como Erasmo, no sólo porque su lengua nativa, el neerlandés, la hablaban relativamente pocas personas, sino también porque quería que su mensaje llegara a los europeos educados de toda Europa, allí donde viviesen. Lutero, por el contrario, utilizó el alemán porque pensaba que la difusión social de sus ideas era más importante que su difusión geográfica, y Calvino utilizó el francés por las mismas razones. Los reformadores protestantes siguieron, aun así, escribiendo en latín parte del tiempo. Después del Renacimiento y de la Reforma, el latín siguió siendo «la lengua vernácula de las personas cultas», como el erudito sueco

¹ Françoise WAQUET, *Le latin ou L'empire d'un signe, XVIe-XXe siècle*, París, Albin Michel, 1999; *Latin: or the Empire of a Sign*, trad. John Howe, Londres y Nueva York, Verso, 2001.

Petrus Ekerman la llamó todavía en 1741, la *lingua franca* de la República de las Letras. Por ejemplo, cuando Galileo cambió del latín al italiano como lengua de sus obras científicas, lectores de fuera de Italia le escribieron para quejarse, mientras que Newton y Descartes publicaron sus principales libros en latín así como, respectivamente, en inglés y francés.

Dice algo de la cultura de la época que al menos mil libros se tradujesen de lenguas vernáculas europeas al latín entre 1500 y 1800, con temas tan diferentes como tratados de navegación y fabricación de cristal hasta poemas épicos como *Jerusalén liberada* y *El paraíso perdido*, así como *El príncipe* de Maquiavelo, las *Provinciales* de Pascal, la novela picaresca *El Lazarillo de Tormes* y los escritos devotos de Teresa de Ávila. Había demanda para estas traducciones, principalmente de las lenguas romances, porque —a pesar de lo ilógica que pueda parecer esta observación hoy en día— a los ingleses y a los alemanes les resultaba mucho más fácil utilizar el latín que el español o el italiano, o incluso el francés. Si tuviésemos que trazar un gráfico de estas traducciones, el punto más alto se encontraría entre 1600 y 1650, mientras que el descenso no se hizo serio hasta 1750 aproximadamente.

La importancia de lo que podría definirse como «cultura latina» a comienzos de la Edad Moderna en Europa es cada vez más conocida desde hace treinta años, un tiempo en el que hemos sido testigos del ascenso de los «estudios neolatinos», de la creación de revistas y de la organización de congresos internacionales con títulos como *Acta Conventus Neolatini Lovaniensis*, aunque los artículos se redactan generalmente en inglés, francés o alemán. Como testifican las notas a pie de página del libro de Françoise Waquet, son abundantes los estudios sobre el uso del latín después de 1500.

Lo que faltaba, sin embargo, era una perspectiva general sobre las fortunas del latín moderno (o, en cualquier caso, posmedieval). Este vacío lo llenó en parte el *Companion to Neo-Latin Literature* (1977) escrito por el especialista belga Jozef Ijsewijn (uno de los principales pilares de los estudios neolatinos), la *Breu història del llatí europeu* (1988), del catalán Lluís Vicent Aracil, y *Europa och Latinet* (1993) escrito por el sueco Bo Lindberg; el especial interés por el latín que muestran europeos cuya lengua materna no está muy extendida está suficientemente claro a partir de estos ejemplos. El estudio de Waquet, sin embargo, publicado por primera vez en francés en 1998 y ahora disponible en una fluida traducción al inglés realizada por John Howe, no sólo es la más accesible, sino también la más amplia y analítica de estas obras generales.

Waquet es más conocida por su trabajo en la historia del mundo del aprendizaje, incluida una monografía sobre el mundo erudito italiano de los siglos XVII y XVIII y su relación con el modelo dominante francés, así como la historia de la República Europea de las Letras, escrita en colaboración con el especialista holandés Hans Bots. Su nuevo libro sobre la his-

toria cultural del latín a lo largo de los pasados quinientos años es característicamente erudito, equilibrado y lúcido; reconforta comprobar que ha sobrevivido la tradición de *la clarté française*. Ofrece el análisis imparcial de un tema que todavía suscita fuertes emociones en algunos lugares, concluyendo con el argumento de que la mejor esperanza para el latín hoy en día está en que lo traten como un área estudio para especialistas, con unas pocas personas que lo estudien bien en lugar de muchas personas que lo estudian mal, como tan a menudo sucedió en el pasado.

Latin: or the Empire of a Sign, cuyo título no sólo alude al famoso análisis semiótico que Roland Barthes hizo de la cultura japonesa sino también a la calificación que Joseph Maistre dio al latín de *signe européen*, se divide en tres partes (la habitual comparación con la Galia de César parece por una vez razonablemente adecuada). El libro comienza con un estudio general del lugar ocupado por el latín en la cultura europea, especialmente en el mundo académico y en el eclesiástico. Señala, por ejemplo, que los niños no sólo estudiaban latín en el colegio; estudiaban en latín. Hasta mediados del siglo xviii, no era habitual utilizar la lengua vernácula en clase, y en muchos colegios se prohibía a los alumnos hablar su idioma natal incluso en el patio de recreo. Se suponía que uno de los alumnos (conocido como *lupus*, el «lobo») debía dar al profesor el nombre de todo aquel que hubiese quebrantado esta regla. En el caso de la Iglesia, en el siglo xvi se publicaron críticas contra el latín en el sentido de que reforzaba el dominio del clero, al forzar a los seglares a confiar en su mediación. De la misma forma, el Concilio de Trento reafirmó el lugar del latín como idioma para la liturgia, una posición que mantendría en la Iglesia católica durante cuatrocientos años más. Otros ámbitos en los que el latín tenía un valor práctico eran la diplomacia y los viajes. En Hungría, por ejemplo, los viajeros franceses o ingleses encontraban –para su sorpresa– que era posible utilizar el latín como una especie de *lingua franca* para comunicarse con mozos de cuadras y posaderos. El noble húngaro István Bathory, elegido rey de Polonia a finales del siglo xvi, utilizaba el latín para comunicarse con sus súbditos. El latín conservó su utilidad como *lingua franca* hasta muy recientemente. En Cracovia, después de la Segunda Guerra Mundial, Primo Levi utilizó el latín para preguntar a un sacerdote dónde se encontraba la cocina económica más cercana. Creo totalmente la anécdota de Levi, porque yo me perdí en Varsovia en 1964 y supe en qué dirección tenía que seguir gracias a las instrucciones que un sacerdote me dio en ese idioma.

El tipo de latín que los viajeros e incluso los sacerdotes hablaban realmente es otro asunto; por suerte, es uno de los tipos que Waquet investiga en la segunda parte de su libro, dedicada a la competencia de niños y adultos en el manejo del latín escrito y hablado a lo largo de los siglos. Su principal conclusión es que, aunque el conocimiento del latín descendió drásticamente a finales del siglo xx, «probablemente el nivel general nunca fue muy alto». Hace un buen uso de la investigación de Chris Stray y otros autores que han estudiado el latín desde abajo, en el ámbito de

la escuela, basándose en las pruebas proporcionadas por autobiografías que muestran a los alumnos formándose su propia opinión respecto a las misteriosas palabras y expresiones, domesticando el *Shorter Latin Primer* [manual básico abreviado de latín] de Kennedy, por ejemplo, convirtiéndolo en «Shortbread Eating Primer» [manual básico para comer galletas de mantequilla]. De manera similar, también István Toth nos cuenta, en su nuevo libro sobre *Literacy and Written Culture in Early Modern Central Europe*, que los nobles húngaros cambiaban el sentido de expresiones comunes latinas como *manu propria*, «con su propia mano», para convertirlas en *malum propria*, más o menos «con su propia manzana», o *maitó propria*, mezclando así el húngaro con el latín para crear la expresión «con su propio duende». Si estos ejemplos eran de alguna forma típicos del latín de los nobles, que habrían tenido la oportunidad de estudiarlo en el colegio, podemos imaginarnos cómo habrá sido la lengua de los posaderos y de los mozos de cuadras. Los problemas de comunicación se multiplicaban por el hecho de que en los diversos países de Europa se pronunciaba el latín de manera diferente, de forma que un francés que visitó Inglaterra en el siglo xvii, Samuel Sorbière, se quejó de que el acento con el que los habitantes hablaban latín «hace que sea tan difícil de entender como su propio idioma»

La parte más original y fascinante del libro es la tercera y última, que contiene un análisis sobre la historia de las actitudes hacia el latín. Waquet describe el significado simbólico del idioma, parafraseando la descripción que Bourdieu hace del lenguaje en general, como *ce que le Latin veut dire*: en otras palabras, el mensaje comunicado por la elección del latín como medio de comunicación. En la Alemania del siglo xix, por ejemplo, siguiendo al debate sobre el lugar de la ciencia y la tecnología en el programa académico, el latín se convirtió en signo de conservadurismo. En la Rusia del siglo xviii, por el contrario, el latín, un recién llegado a los colegios, era signo de occidentalización y, por lo tanto, de modernidad. Waquet dedica también un capítulo completo al idioma como símbolo de la clase social. El uso del latín –por elemental o impreciso que fuese– «indicaba la pertenencia a un grupo dominante», con algunas excepciones, como los posaderos húngaros. Como observó con perspicacia Paul Valéry, el latín era una «contraseña» que permitía distinguir entre los pertenecientes a la propia clase y los advenedizos. Waquet añade el sardónico pero preciso comentario de que «en lo que al latín respecta, las mujeres recibían el mismo trato que las clases trabajadoras y los indios sudamericanos», en otras palabras, se les negaba el acceso a la lengua vernácula de los cultos.

Esencialmente una obra de síntesis, este estudio incorpora también investigación original de la autora, referente sobre todo a Francia, de la que se toman una serie de casos prácticos. Italia, Inglaterra y Alemania también se estudian con cierto detalle (aunque la autora podría haber hablado un poco más de la crítica en la Inglaterra del siglo xvii contra el latín, como un instrumento que reforzaba el monopolio del conocimiento por parte

de los clérigos). Geográficamente hablando, el libro es más flojo en su estudio de Europa del norte y del Este (exceptuando Rusia). No se hace referencia, por ejemplo, al fascinante estudio de Lindberg sobre el debate acerca del latín que tuvo lugar en los círculos académicos suecos durante el siglo XVIII.

Cronológicamente hablando, quizá habría sido útil ofrecer al lector una breve introducción a los usos del latín en la Edad Media como prólogo al libro, en lugar de comenzar de una manera un tanto brusca –o, como decían los latinistas, *in medias res*– alrededor del año 1500. El tratamiento que la autora ofrece del siglo XVI es también un poco más escaso que el que reciben los siglos posteriores. Por otro lado, Waquet acepta el reto de continuar su relato hasta el presente. El uso de las novelas escritas por George Eliot, Henryk Sienkiewicz, Claude Simon y otros autores es extremadamente eficaz como medio para reconstruir la experiencia del aprendizaje del latín en el sistema escolar y en otras partes. El resumen de las principales defensas del latín –que ayuda a formar el carácter, que aumenta el dominio de la propia lengua materna, etc.– demuestra claramente las continuidades que se producen a lo largo de los siglos, aunque de vez en cuando se añadían nuevos argumentos al arsenal. Mi ejemplo favorito es la noción esgrimida en Italia en 1939, de que el latín es «antimarxista». Se analiza lo que podría llamarse la política del latín, así como su sociología. Después de la Revolución Francesa, por ejemplo, el latín perdió su lugar dominante en las escuelas francesas. De nuevo, en la Francia de 1968, se renovó el grito «à bas le latin», y el ministro de Educación, Edgar Faure, retiró el latín del programa académico de sexto curso basándose en que era antidemocrático. Resulta, pues, curioso que en su conclusión Waquet hable del «agotamiento del que el latín falleció en la década de 1960». Su propio análisis previo sugiere que el latín no cayó, sino que fue expulsado del programa.

El análisis que Waquet hace de las funciones del estudio del latín en los siglos XIX y XX como símbolo de categoría social y medio de movilidad social es a un tiempo original y convincente: una demostración de lo que se podría denominar los «usos de lo inútil», es decir, un signo externo de pertenencia a la que el sociólogo inconformista Thorstein Veblen llamó «clase ociosa». Más de un siglo antes de Veblen, el análisis hecho por Benjamin Franklin fue igualmente memorable. El latín, dijo, era como un *chapeau bras*, el sombrero que ya no se usa pero que cualquier hombre que deseara que lo considerasen adecuadamente vestido debía llevar debajo del brazo. Éste es un libro que merece ser leído no sólo por los historiadores culturales, sino también por un público mucho más amplio. Su traducción al latín del siglo XXI es completamente apropiada.